

ALREDEDOR DE MAMÁ

Aunque supiera que era lo mejor para los dos, durante el año que mi madre fue conducida por un pequeño autobús al centro de día en el que la daban de comer, activaban su cabecita en decadencia y le daban tantos mimos como pudiera recibir en nuestra casa, me costaba verla con la mirada en la profundidad, llevada a un destierro temporal desconocido.

Un año después, con la cabeza definitivamente perdida en una nebulosa de personas, tiempos y lugares, yo empujaba la silla de ruedas de mi madre y quería autoconvencerme de que llevarla a una residencia definitiva era, nuevamente, lo mejor para los dos. En los últimos tiempos lavarla, acostarla, darle la medicación y de comer me había hecho perder mi condición de hijo querido y pasar a ser un enemigo extraño que le imponía hábitos, horarios, ropa, medicación...

El edificio funcional, rodeado de naves industriales, un parque y avenidas anchas, no muy alto y acristalado, me reconciliaba con la idea de no introducirla en una cárcel. Hablamos con la trabajadora social, el médico, la enfermera de guardia, queriendo confirmar que no sonreían como esos vendedores de biblias, esos chicos americanos que rondan algunas plazas con una mirada un tanto inquietante. Anotaron cuantas observaciones les hicimos sobre las costumbres, impedimentos, manías, tics y demás características de la mujer que en unos minutos les dejaríamos en depósito. También la maleta que en ese momento contenía la totalidad de sus enseres y pertenencias, con el fin de que los etiquetaran, clasificaran, ubicaran, y después de indicarnos el número de habitación le dimos dos besos y la dejamos allí, abrumados por la decisión pero salpicada de sonrisas.

Al salir, vi a un hombre aún capaz en un entorno de sillas de ruedas de modelaje vario que fumaba en el porche y nos miraba con descaro. Por su sonrisa me pareció que pudiera pensar, *otros dos que se han librado de la vieja*, no sé por qué razón, ya que lo más probable es que fuera también alguien dependiente, temporal o permanente, un tipo que está perdiendo la razón, ha sufrido un percance vascular, se recupera de un accidente, tiene alzheimer. No sé por qué no pensé en otra posibilidad, que no tenía familia y había decidido ingresar en una residencia, por ejemplo, un lugar en el que te hacen la cama, te preparan la comida, te lavan la ropa, te llaman cari, bonito y tratan con un respeto que incluso puedes haber olvidado.

Iba casi todos los días. Saludaba a la recepcionista, también entrenada para sonreír pasara lo que pasara, y me dirigía a buscar a mi madre a la amplia sala de estar. He conocido otras residencias que parecen edificios inexpugnables, con estrechos pasillos a los que solo se accede con contraseñas de seguridad, pero ésta, una vez entrabas, era un espacio abierto y luminoso, rodeado de ventanales

que daban a una especie de plaza mayor con jóvenes magnolios, un par de robles casi retoños, hortensias, cactus, kalanchoes y bancadas de teca. Mamá solía estar cerca de la televisión, en una butaca de skay anaranjado, casi siempre al lado de una mujer de rubio pelo lacio. Esa señora me miraba fijamente, la señalaba y parecía querer transmitirme algún extraño secreto, pero era incapaz de hablar. Algunos días esa mujer lloraba amargamente y otros sonreía, pero nadie sabía por qué. Creo que estos seres deberían poder complementarse. Mamá le hubiera podido prestar su voz apagada y ella la razón que parecía conservar.

A veces mi madre creía reconocer a la tía Chelo en alguna serie de la televisión. Se trataba casi siempre de mujeres resueltas y algo intrigantes. No era extraño. En las fotos de juventud la tía era una espléndida mezcla de Sara Montiel y Ava Gardner en sus mejores años, y creo que mamá, a la que en su tiempo también comparaban con la princesa Grace, siempre creyó estar dos escalones por debajo de su belleza. Una noche de finales de los años cincuenta del pasado siglo, la tía Chelo entró en nuestra habitación a altas horas de la noche y se empeñó en besarnos mientras repetía que nos quería. Yo tenía seis o siete años y mi hermano solo tres más. Durante las semanas que siguieron a aquel extraño suceso la tía no dejó de perturbar la plácida vida de nuestra familia. Afirmaba que el niño Jesús de escayola que había en la consola de su dormitorio le guiñaba el ojo. Nos despertaba para besarnos; salía desnuda a la calle, solo protegida por un abrigo de pieles, e iba a la parroquia más cercana a confesar imposibles pecados, porque a su hermosura, sin duda perseguida por multitud de pretendientes, unía la moral estricta que posiblemente ayudó a confundirla. Un día el párroco localizó a mamá y le dijo que la tía había regalado sus joyas a uno de los mendigos que poblaban el pórtico. El menesteroso, sea por honradez o por el temor de ser acusado de su robo, se las había entregado a un sacerdote. Recuerdo especialmente una sortija con piedras de color rubí en forma de corazón porque, una vez rescatada, la tía no se la quitó nunca más.

Cuando volví a verla, solo pocos años más tarde, era ya una mujer abotargada con veinte kilos de sobra. En el intervalo había pasado por sanatorios y clínicas psiquiátricas, sometida a descargas eléctricas y cócteles de tranquilizantes como una cobaya más. Poseía una mirada vidriosa que parecía fijarse en lo que uno tenía detrás, nada a lo mejor, y su voz, ya temblorosa, se perdía continuamente en ramales que le impedían volver a coger el hilo de lo que quería decirnos. Murió a los setenta y tres años, en una familia en la que no llegar a los ochenta está hasta mal visto, con el hígado cuarteado por los kilos de medicación que la mantuvieron durante tanto tiempo en una especie de letargo invernal. Los últimos tiempos vivió sola en el piso que había adquirido frente a la catedral, no sé si porque seguía alimentándose de estampas de vírgenes y santos y le gustaba asomarse a un lugar de culto todas las mañanas.

No es de extrañar que mamá creyera que el fantasma de la tía Chelo vagaba por algunos seriales televisivos, porque veinte años después de su muerte se empezó a correr por los puestos del mercado provincial que el piso estaba deshabitado, ya que el fantasma de la primera propietaria, una mujer mayor, se había aparecido sin descanso a sus moradores posteriores hasta hacerles abandonar la vivienda, y puede que el barrio y la ciudad. Es evidente que la aparecida era la tía Chelo, pues ella había estrenado el piso con terraza que daba a la catedral. Imagino su aura desdibujada y neblinosa recorriendo las estancias, repitiendo con la voz aletargada de su vejez jaculatorias, oraciones, salmos extraños.

Muchas tardes, mientras asomaba la silla de ruedas de mamá a uno de los ventanales que daban al parque, un avión lo cruzaba a apenas unos centenares de metros como un gran pájaro con la panza de plata. Entonces se acordaba de otro de sus hermanos, el que quería ser piloto, pero no acostumbraba a recordar su nombre.

El tío Vicente no llegó a ser aviador. Cuando le derribaron en 1937, yendo de auxiliar de vuelo, los militares golpistas le condenaron a muerte. Durante meses esperó a que le vinieran a buscar de noche para darle el paseíllo y fusilarle en un paredón de los arrabales. En vez de acabar con ellos de golpe, lo hacían de uno en uno. Así administraban el miedo de los condenados, cuya única esperanza era no ser uno de los elegidos del día. Con apenas veinte años el tío Vicente, que según la leyenda familiar era el más pincho, el que triunfaba en los bailongos de una capital de provincia de poco más de veinte mil habitantes no tuvo otro remedio que hacerse de izquierdas. Se salvó porque canjearon a unas decenas de condenados por un dirigente falangista, pasó por las playas del sur de Francia, donde los refugiados caían como moscas víctimas del hambre, el frío y la tuberculosis, y no sé de qué manera, quizás gracias al tío de derechas que llegó a ser delegado de hacienda, consiguió sobrevivir y volver a casa. Durante el resto de su vida su memoria residió en esos años lejanos, en el cambio de rumbo inesperado de alguien que solo quería ser aviador y vestir un uniforme resplandeciente que deslumbrara y atrajera a las chicas, un rojo forzado que escuchaba radio pirenaica y detestaba a Franco, al que llamaba con despecho Paco el Rana.

¿Qué sabes de él?, me preguntaba mamá, y solo podía decirle que su viuda también agotaba sus días en otra residencia lejana. La llamé una vez para que hablara con ella. Estaba sorda y triste, porque su única hija se le adelantó injustamente, la pobre Elisa, la más joven y mimada de mis primas, así que colgué porque no me oía, quizás ni me reconocía. Desde entonces no sabemos nada de ella.

Pero el preferido de mamá, el mío también, era Luis, su hermano pequeño. En los álbum de fotos es un chico espigado y rubio, un hombre nórdico. En la vida real era un santo laico. Nos separaba un abismo ideológico, pero la bondad infinita que le acompañó hasta su muerte, la que desplegaba hacia cualquiera, fuese este quien fuese, carecía de color. Así que ambos, mi madre y yo, le adorábamos.

La residencia tenía un aspecto caótico algunos días. Nada más traspasar la puerta de entrada aspirabas un penetrante olor a urea, apenas enmascarado en aerosoles con perfumes de vainilla, limón, pino, lavanda. Había ancianos y ancianas con la silla de ruedas varada en los pasillos. Te sonrían si les contestabas y se te enganchaban si eran capaces de explicarse. Casi todos y todas quieren salir de allí, volver a su casa o a la de su madre, como mamá, que recordaba la suya en las casas baratas, el cerdito que criaron cuando era una niña y nadie se atrevía a matar, o el perro maltratado, o las gallinas, o aquella vez que fue a la atalaya y le siguió un borracho. Desde entonces tuvo un miedo atroz a los borrachos. Las había que te cogían de la mano y te confundían con parientes, médicos, enfermeros, abogados, y querían que les ayudases a no se sabe qué.

Para llegar a su habitación había que atravesar la sala de estar del primer piso, donde pasaban el día las personas más dependientes. El olor era todavía más fuerte y el deambular, constante, requería la atención permanente de dos o tres cuidadores, posiblemente los más fuertes, que las tranquilizaban con mensajes reiterativos. Sus brazos tatuados, los piercing, los cráneos rasurados les daban un aspecto de hombres feroces que se comportaban, sin embargo, como seres dulces y pacientes, contundentes si era necesario, obligados como estaban a acompañar, conducir, también impedir que aquellos cuerpos perdidos se colaran en el ascensor.

Había habitaciones a uno y a otro lado con las fotos y los nombres de quienes las habitaban. Algunos días me asomaba y observaba los portarretratos de varias generaciones, la ropa de cama, el pañal preparado para acostarlas al llegar la noche y sentía una mezcla de ternura y desazón. Porque nos guste o no, sean bellos y ubicados en lugares hermosos, se adecúen, como en el caso de mamá, al espacio intemporal de sus pocos recuerdos, esos inmuebles dedicados a entes vulnerables son estaciones de pueblo en medio de la nada, apeaderos en las que grupos de ancianos aguardan un último tren nocturno y sin destino.

Después acercaba a mamá, que entonces me volvía a mirar con la ternura de una madre, a uno de los ventanales y le hablaba del crecimiento de unos magnolios con aspecto de haber sido plantados aquel mismo año; de la hierba, que brotaba desmesurada, al empezar la primavera, y se expandía con una alfombra de margaritas; del ciclo de la vida, ahora que había podido conocer y sonreír y

abrazar y besar a su primer biznieto; y del Boeing que despegaba y cruzaba el cielo en diagonal, mostrando su enorme panza plateada.

Ahí debe ir Vicente, me decía mamá, y luego cerraba los ojos y volvía a adormecerse...

Seudónimo: Artemi